





UOLAR SOBRE EL PANTANO

UOLAR SOBRE EL PANTANO es quizá el libro más fuerte de Carlos Cuauhtémoc Sánchez. En él, nos describe cómo la maldad y la venganza tratan de atraparnos en su denso fango y cómo, a su vez, cualquiera que esté dispuesto a pagar el precio de triunfar, puede volar a la realización.

Leyendo **UOLAR SOBRE EL PANTANO** aún después de haber sido difamado, robado, maltratado, de haber vivido o presenciado alcoholismo, ruina económica, violación o soledad, los problemas se convertirán en retos... Y el lector adquirirá la confianza de saber que vencerá...

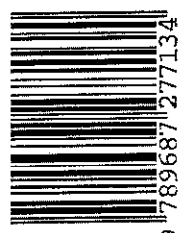
He aquí una impactante y emotiva novela de superación personal, que nos dará otro panorama de la vida, la familia y la misión que todo ser humano debe cumplir.

UN GRITO DESESPERADO  <small>novela de superación por parte e hijo</small> <small>International Best Seller</small>	JUVENTUD EN ÉXTASIS  <small>novela de valores sobre drogaje y alcoholismo</small> <small>International Best Seller</small>	LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD  <small>novela de superación por parte e hijo</small> <small>International Best Seller</small>	LA FUERZA DE SHECIDD  <small>novela de éxitos, valores, honores y prestigio por parte e hijo</small> <small>International Best Seller</small>
--	---	---	--

obras del mismo autor



Ediciones Selectas Diamante
 Libros que transforman vidas
 Edición exclusiva para su venta fuera de la República Mexicana



9 789687 277134

MIGUEL RUGA MUÑOZ
CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

UOLAR SOBRE EL PANTANO



novela de valores para superar la adversidad y triunfar

International Best Seller

Ediciones Selectas Diamante
 Libros que transforman vidas

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

UOLAR SOBRE EL PANTANO

15

Volar sobre el pantano

—Sí, pero ahora lo entiendo mejor... Quizá porque al mismo tiempo estoy pensando en mi hermana Alma...
 —Zahid, dime una cosa. Cuando hablamos por teléfono al hospital San Juan, no nos quisieron dar ninguna información. Tú, enojado, exigiste que te dijeran el tipo de hospital. Te pusiste pálido cuando contestaron, pero no me aclaraste de qué se trataba... ¿A dónde vamos?
 ¿Desde dónde te escribió tu hermana? Por qué te pide en su carta: "Si no puedes venir a verme, por favor no le digas a nadie dónde estoy."

Zahid se agachó sin responder la pregunta. Lisbeth trató de adivinar.

—Se trata de un hospital psiquiátrico, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—¿Entonces?

Un escalofrío recorrió su espalda al decirlo.

—Es una clínica para farmacodependientes.

Llegaron a su destino y bajaron del taxi. Zahid caminó más rápido que Lisbeth hacia la entrada del sanatorio. De pronto recordó unas palabras que dijo su esposa antes de emprender el viaje:

Acabo de descubrir algo que tampoco te va a gustar...

Tu hermana escribió esta carta hace un mes.

Se volvió sobre sus pasos y gritó para detener al taxi, que ya se iba. Lo alcanzó.

—Venimos buscando a una persona que estaba hospitalizada —explicó—, pero quizá ya no se encuentre aquí y tengamos que ir a otro lugar. ¿Usted podría esperar y llevarnos en caso necesario?

—Por supuesto —contestó el chofer sin poder ocultar el agrado de cobrar algún servicio extra a esas horas. Echó en reversa su automóvil y lo estacionó.

Cuando Zahid entró al sanatorio, Lisbeth ya estaba hablando con una enfermera que parecía ser la encargada de la recepción.

—Nos urge mucho saber de Alma Duarte —le explicaba—. Es paciente de ustedes. Recibimos una carta de ella e hicimos un viaje muy largo para venir a verla.

—¿Duarte, dijo, verdad?

—Sí.

La encargada abrió el archivo y buscó. Después de un rato, levantó la cara y comentó, cerrando el cajón:

—No hay ningún expediente con ese nombre, ¿están seguros que estuvo en este hospital?

—Estamos seguros.

—¿No habrá algún error?

Zahid extrajo de su cartera la tarjeta arrugada en la que anotó el domicilio que le dieron por teléfono y se la mostró.

—Hablé ayer, como a las seis de la tarde, pregunté por mi hermana y me dijeron que no podían darme datos por teléfono. Así que viajamos dos mil kilómetros para que usted nos haga el favor de informarnos.

—¿Con quién hablaron?

—Señorita, lo ignoro, pero puedo decirle que no fue una persona cortés. Espero que usted sea diferente.

—Alma Duarte, ¿verdad?

—Sí.

La enfermera caminó hacia un privado y se metió en él. Después de unos minutos salió acompañada de una mujer rolliza vestida de con hábito de monja. Ambas parecían un poco turbadas.

—¿Ustedes son familiares de Alma?

—Sí. Es mi hermana.

—¿Qué saben de ella?

—¿Qué tenemos que saber? Vivía con mis padres hace varios años, pero decidió independizarse. Eso es todo. La enfermera miró a Zahid como esperando que le dijera más.

—En efecto ha sido una paciente nuestra... Pero... Es un caso especial.

—¿Especial?

—Sí. ¿No está usted enterado de lo que ha pasado con ella en los últimos años?

Negó con la cabeza sintiendo el fantasma de una maligna premonición.

—Pues, dadas las circunstancias —concluyó la monja con determinación—, yo no puedo darle información de esta paciente. Deberán esperar a la psicóloga social. Si le llamo en este momento tardará un par de horas en llegar.

—¡Pero cómo se atreve...! —gritó Zahid.

Las dos mujeres, asustadas, se hicieron para atrás.

Lisbeth y Zahid esperaron a la psicóloga social en la austera recepción del hospital, recargados el uno en el otro.

El taxista entró furioso a preguntar si se iban o no a requerir sus servicios. Zahid se puso de pie para disculparse y extrajo un billete de la cartera que le extendió como pago por su espera. El hombre se lo arrebató y se retiró sin dar las gracias.

Zahid volvió a sentarse junto a su esposa y trató de calmarse.

Recordó la forma en que la invitó a salir por primera vez. Lisbeth había sido postulada por el gobierno para recibir un premio por su labor realizada como directora del *Centro de protección para la mujer*. Era una psicóloga con postgrado. En la clausura de un congreso juvenil, Zahid formaba parte del comité que otorgaba el reconocimiento. Estaba sentado en la mesa de honor cuando el maestro de ceremonias llamó a Lisbeth. El público aplaudió. Una espigada mujer de aspecto elegante subió a recibir su premio. Apenas la vio acercarse al estrado, tuvo la certeza de conocerla, de saber quien era. Incluso, aunque su mente tardó en acordarse, el corazón reaccionó de inmediato latiendo cual si se hallase frente a la mujer en la que había soñado por años. “¿Es ella?” Cuestionaba incrédulo. “No, no puede ser... Ha pasado tanto tiempo”.

Zahid le dio el diploma y la felicitó con un apretón de mano. Luego Lisbeth pasó al atril para dar un breve discurso de agradecimiento. Su forma de inclinarse frente al micrófono, de mirar a la audiencia con ternura y autoridad, su voz pausada y clara, su sinceridad y su magnetismo, no le dejaron duda. Había sido mucho tiempo de pensar en aquella joven, de fantasear con lo que le diría si volvía a verla...

Ella habló con aplomo:

—Quiero agradecer al gobierno federal el honor que me concede con este reconocimiento. No creo merecerlo. Soy

una mujer trabajadora que se ha superado y ha ayudado a otras mujeres a hacer lo mismo. No hice nada loable. Sólo mi obligación. Viví una juventud difícil. Estuve en un pantano de angustia y dolor. Cuando eso ocurre, si te permites la autocompasión, te hundes sin remedio; si, en cambio, te rebelas ante la idea de ahogarte, buscando al único Poder Superior para aferrarte a su amor y a su perdón, entonces te llenarás de su energía ilimitada y coraje para salir adelante. Cuando sientan que la vida no tiene sentido, que los problemas los están acabando, recuerden esta parábola: un pájaro que vivía resignado en un árbol podrido en medio del pantano, se había acostumbrado a estar ahí, comía gusanos del fango y se hallaba siempre sucio por el lodo pestilente. El peso de la mugre inutilizaba sus alas. Cierta día un gran ventarrón destruyó su guarida; el árbol podrido fue tragado por el pantano y el pájaro se dio cuenta que iba a morir. En un deseo repentino de salvarse comenzó a aletear con fuerza para emprender el vuelo, le costó mucho trabajo porque había olvidado cómo volar y las costras de porquería lo encarcelaban, pero enfrentó el dolor del entumecimiento y de la fatiga hasta que logró aligerar su cuerpo y comenzó a elevarse un poco, con más esfuerzo consiguió al fin remontar por los aires y cruzó el ancho cielo hasta que llegó a un bosque fértil y hermoso. Su vida cambió para siempre. Quienes hemos sufrido problemas serios, somos como ese pájaro. Nuestra guarida ha sido destruida. Todo alrededor se hunde en el pantano. Tenemos la opción de hundirnos también o hacer un esfuerzo y volar... Si hacemos lo correcto, hallaremos la plenitud de la vida, y por añadidura, algún día recibiremos reconocimientos como el que me han dado esta tarde...

El público aplaudió de pie.

Lisbeth descendió del estrado.

El congreso de valores estaba tocando a su fin.

Zahid era director de la Asociación nacional de empresarios jóvenes y se le había delegado el discurso de clausura.

Pasó al podium y habló con mucha fuerza:

—Cuando supe que se otorgaría este premio para la joven más destacada del país en su labor de ayuda social hacia las mujeres, nunca pensé que la ganadora sería una persona a quien yo ya conocía.

La audiencia guardó un silencio total y escuchó al conferencista. Lisbeth acababa de tomar asiento en la primera fila del auditorio y miraba a Zahid con el ceño fruncido.

—Esta mujer a quien acabamos de premiar —continuó—, fue para mí una gran inspiración hace varios años. Ella no lo sabe. Tal vez ni siquiera se acuerde, pero yo estaba desesperado en las puertas de un grupo de autoayuda cuando la conocí. Mi familia pasaba por una difícil situación de alcoholismo y maltrato. Alguien me recomendó que esperara la sesión para familiares de doble A que se llevaría a cabo en ese sitio y me senté en la recepción mientras se realizaba una reunión de mujeres. Entonces la vi llegar. Lisbeth Ochoa era una jovencita de diecinueve o veinte años, muy hermosa y segura de sí misma.

Los muchachos del público emitieron ruidos de burla como hacen los niños cuando ven a dos enamorados a quienes desean avergonzar.

—Sí —dijo Zahid—, no niego que me gustaría tener una pareja como Lisbeth Ochoa, pero...

Los comentarios se hicieron más intensos. Lisbeth se había ruborizado. No sabía a qué se debía todo ese alboroto.

—¡A ustedes también debería interesarles apuntar alto en la vida! Déjenme proseguir —el bullicio fue disminuyendo poco a poco—. Recuerdo —continuó Zahid—, que cuando conocí a Lisbeth hace años me puse muy nervioso al verla. Le dije que estaba esperando la siguiente junta, ella me sonrió y entró al salón para dar una charla. La espí por una rendija. No sé por qué lo hice, pero lo que la escuché decir esa tarde me ayudó mucho. Habló de la misma parábola que nos refirió hoy: El pájaro que vivía resignado en un árbol podrido en medio del pantano hasta que un gran ventarrón destruyó su guarida. La figura de un ave volando

sobre el pantano me ha motivado durante muchos años a salir de mi propia ciénaga. Es verdad, pueden lograr sus anhelos, sobre todo si luchan por amor. Amor a Dios, a ustedes mismos, a la vida que tienen, a la pareja que tal vez no conocen. Pensando en eso, un día me decidí a trabajar con todas mis fuerzas para triunfar. Mi esposa en el futuro merecía que me esforzara por ella y yo debía crecer para poderle dar lo mejor, en su momento. ¡Deben pensar así!

El salón había recobrado un silencio absoluto. Nadie se movía.

—Para triunfar en la vida —prosiguió—, requieren dos elementos básicos: preparación y sentido de urgencia. El primero consiste en estudiar y adquirir experiencias. El segundo en moverse y estar atento a las oportunidades. Cierren los ojos y visualicen esta imagen como si fuera una pequeña película: Todos nos hallamos en el lobby de un enorme rascacielos a cuya cima debemos ascender. No hay escaleras. Al lado izquierdo de donde nos encontramos se ve una enorme estancia llena de amigos, camas, televisores, fiestas y juegos, en la que podríamos pasarla muy bien; al lado derecho hay un largo y amplio corredor lleno de talleres y mesas de estudio en el que podríamos adquirir conocimientos y experiencias. En este pasillo están los elevadores. ¿Hacia dónde te dirigirás? Observa bien. Cuando se abre la puerta de un ascensor, muchas personas saltan y corren. Rápidamente se hace una fila. Sale un inspector que formula preguntas a quien llegó primero. Si la persona no sabe las respuestas correctas es descartada, el inspector le pregunta a la que sigue en la fila y así continúa hasta hallar a quien tiene los conocimientos requeridos; a ésta se le permite subir para ser transportada a un piso superior; mientras tanto, la puerta del ascensor vuelve a cerrarse frente a la mirada triste de todos los rechazados... Algunos, entonces, se van a la estancia de distracciones, otros se quedan en el túnel para volver a intentarlo. Hay quienes se la pasan caminando, buscando que los elevadores se abran, pero sin trabajar ni estudiar, de modo que

jamás suben porque no tienen los conocimientos exigidos. Otros, por el contrario, se la pasan muy entretenidos laborando y no se ponen de pie cuando el elevador se abre. Éstos, aunque tienen los conocimientos, son demasiado tímidos para ser elegidos. La persona que logra subir, en el nuevo piso se encuentra con que la estancia de distracciones es más atractiva aún, de la misma forma el túnel de ascenso tiene talleres y mesas de estudio de mucha mayor dificultad, por eso, cuanto más alto es el piso, hay menos candidatos a subir cada vez que se abre un elevador. Los que se quedan abajo suelen difamar y burlarse de los que suben. Siempre les dicen que han tenido buena suerte. Si la suerte es poseer los conocimientos necesarios y la agilidad para ponerse frente a la puerta que se abre, en efecto los grandes hombres tienen mucha suerte. Memorízalo... Para subir sólo requieres de dos elementos, sentido de urgencia y preparación. ¡Paga el precio! Invierte en tu mente... Aprende, estudia... Tú no vales lo que valen las facturas de tus bienes materiales, vales lo que tienes en la cabeza... Aumenta tu capital mental y muévete. Jamás subirás el rascacielos del éxito si no llenas tu cerebro con buenos conceptos y buscas los elevadores abiertos. No hay lugar en los pisos superiores para quienes se evaden en fiestas, viendo la televisión, hablando horas por teléfono, saliendo a perder el tiempo, buscando distracciones de cualquier tipo, viendo película tras película, descansando y durmiendo... Organízate ... No actúes como muñeco de cuerda. La buena puntería de tu sentido de urgencia es básica para lograr los resultados deseados. No gastes energía en asuntos vanos. Pon en orden tus prioridades. Lo que importa no es qué tan ocupado estás, sino cuánto, de lo que realmente importa, estás haciendo... ¡Deja de suspirar y hazte el mártir! Sal al campo de batalla... Hazte oír, hazte valer... Si no crees en ti, nadie lo hará, si no levantas la mano por temor a la crítica, podrás morirte y nadie te echará de menos. ¡Lucha!

¡Hasta un poeta luchador es mejor que un poeta aislado! El hombre que se dice intelectual o espiritual y se retira para

siempre, en realidad es un perezoso. Cuando estés muerto, podrás retirarte cuanto te apetezca. Hoy, en tu país, en tu empresa, en tu familia se necesitan *conocimientos y acción*. La desidia es sinónimo de cobardía. Enfrentarse al mundo con agallas es la única forma de llegar primero al elevador del rascacielos y hacer historia. ¡Nunca alcanzarás tus metas sentado en la estancia de distracciones, comiendo palomitas, viendo una película y quejándote de tu mala suerte...!

Cuando Zahid terminó el discurso estaba sudando, despeinado, agitado. Caminó detrás de la cortina para dirigirse a los camerinos.

Se hallaba tomando un poco de agua y limpiándose la frente cuando apareció Lisbeth.

La puerta estaba abierta y ella entró sin tocar. Se paró delante de él, en silencio.

Ninguno atinó a decir palabra.

—Lo que comenté al principio —articuló Zahid al fin—, referente a que siempre fuiste la mujer que me motivó a superarme, era verdad.

—Así lo entendí. Sólo vine a darte las gracias.

—¿Aceptarías cenar conmigo?

La puerta del sanatorio se abrió y Zahid dio un brinco.

—¿Te quedaste dormido?

—No, amor. Sólo recordaba con los párpados cerrados. Una mujer alta de cabellera teñida color zanahoria, entró a la recepción, saludó a la pareja y siguió de largo hacia las oficinas.

Abriganon la esperanza de que se tratara de la psicóloga social.

Acertaron. Después de unos minutos, salió la monja para invitarlos a pasar.

El cuarto era pequeño. Sólo había un viejo escritorio metálico y dos sillas forradas de plástico. Tomaron asiento frente a la extravagante mujer que se había puesto una bata blanca. La recepcionista abandonó el lugar y cerró la

puerta. O era una madrugada muy cálida o Zahid estaba demasiado alterado, porque sintió que se sofocaba.

—¿Ustedes son familiares de Alma Duarte?

—Es mi hermana.

La mujer hojeó el expediente que estaba frente a ella. Su actitud era desconcertante.

—Me llamaron para que viniera a hablar con ustedes. Son las tres de la mañana. Comprenderán que hay pocas emergencias para una psicóloga social.

Lisbeth y Zahid guardaron silencio.

—¿Qué fue lo último que supo de su hermana? Se impacientó.

—Que se fue de la casa cuando tenía diecisiete años para vivir en unión libre con un sujeto que le triplicaba la edad, que yo le escribía cada mes y nunca me contestaba, que es una mujer muy hermosa, pero tiene algunos... traumas. ¿Quiere más?

—¿Y por qué vinieron a buscarla aquí?

Sacó de su bolsillo la carta y se la extendió. Ella la desdobló y la leyó. Después la dejó sobre su mesa muy despacio y comenzó a hablar escogiendo cuidadosamente sus palabras.

—En efecto. Alma estuvo internada en este hospital hace más de un mes. La trajeron inconsciente por una sobredosis.

—¿Ella vive?

El tiempo que la mujer tardó en contestar fueron segundos eternos para Zahid.

—Es heroínómana...

Asintió percibiendo el impacto de la noticia, aunque ya esperaba oír algo así. Sin embargo, tenía que haber más. No era lógico que en un hospital de *ese tipo* hicieran tanto protocolo para darles una información que, de entrada, era evidente.

—Pero ¿está bien? —preguntó Lisbeth.

—Cuando llevaba más de la mitad del tratamiento se escapó.

Nos une nuestro amor por lo bien hecho, nuestro celo por lograr y conservar un liderazgo que no tiene precio, nuestra complicidad por haber llegado juntos a la línea de sufrimiento y haberla traspasado para permanecer unidos en el segundo aire, donde Dios nos regala una energía superior, donde ya no sufrimos y todo son resultados...

Nuestra convicción de que al aplicar este mensaje y difundirlo estamos asociados en uno de los más grandes e importantes proyectos de la historia.

Para Alma fue un sacrificio enorme dejar la droga. Luchó contra ese monstruo por más de seis meses. Para sus allegados, verla debatirse y consumirse fue como presenciar las enormes fuerzas del mal manifestándose antes de ser destruidas.

Lisbeth y Zahid se turnaban para orar y cuidarla, día y noche.

Una mañana, Alma le dijo a su hermano:

—¿Por qué no escribes un libro sobre nuestras vidas?

—Yo no soy escritor.

—¿Y Lisbeth?

—Tampoco.

—Entonces busquen alguien que lo sea y pueda expresar lo que nos ha pasado. ¿De qué nos serviría guardar el secreto? Yo he comprendido que quienes tenemos un pasado difícil, adquirimos el compromiso de compartirlo. Mucha gente puede evitar caer en las mismas trampas si difundimos nuestras historias.

—De acuerdo —concedió Zahid—, voy a buscar a alguien que nos ayude en ese proyecto. Te lo prometo. Por ahora descansa.

Alma salió del hospital diez kilos abajo de su peso.

Su padre realizó una fiesta en su honor para recibirla.

Fue un evento muy conmovedor.

Alma hizo lo que debió hacer quince años atrás: comenzó a leer, a escuchar conferencias, a asistir a grupos...

EL SEGUNDO AIRE

Hay un dicho deportivo que versa: "si no duele, no hace bien". Sólo pueden ganar competencias importantes los atletas, estudiantes, profesionistas, empresarios y jefes de familia que lo entienden.

Todos los contendientes de una carrera comienzan a sufrir al alcanzar el borde de la fatiga. Es una frontera clara en la que muchos abandonan, convencidos de que han llegado a su límite.

Pero quienes no desertan y hacen un esfuerzo consciente por aceptar el dolor que otros evaden, de pronto rompen el velo y entran en un terreno nuevo que se llama "segundo aire".

En el segundo aire, la energía regresa en mayores cantidades, los pulmones respiran mejor, el sistema cardiovascular trabaja con más eficiencia, el cerebro agudiza sus sentidos.

Sólo en el segundo aire se gana.

Sólo en este terreno se hacen los grandes inventos.

Solo aquí se realizan las obras que trascienden y las empresas que dejan huella.

Esta es una empresa del segundo aire.

Los que trabajamos en ella sabemos insistir y resistir.

Sabemos que dando más de lo que debemos dar, recibiremos más de lo que esperamos recibir.

Sabemos que nuestros resultados son superiores porque están dados después de la fatiga, porque no fueron fáciles ni gratuitos, porque ocupamos este puesto después de haber hecho un esfuerzo extra en la vereda.

A ella se le exigió un precio muy alto por la droga, pero aceptó pagarlo, dejó de culpar a los demás, buscó la fuerza de ese Poder Superior único capaz de resucitar a los muertos y halló en su vida un segundo aire.

Falleció tres años después. Pero antes de morir, hizo varios viajes como parte activa de un grupo que organiza eventos para prevención del sida.

Viéndola trabajar, mucha gente comprobó una verdad conocida que a tantos les hace falta comprender con toda su contundente fuerza:

Nunca es tarde.

No importa lo que se haya vivido, no importan los errores que se hayan cometido, no importan las oportunidades que se hayan dejado pasar, no importa la edad, siempre estamos a tiempo para decir "basta", para oír el llamado que tenemos de buscar la perfección, para sacudarnos el cieno y volar muy alto y muy lejos del pantano.

HA ES LO MEHO CASERAR, QUE EDUCAR.
ALBA SE TRATA SACO DE DAR UNA
CARERA PARA VIVIR. SINO TRERAN
DE LA VIDA.
MIGUEL PUGA MUNOZ